

EL BETANCOURT HISTÓRICO Y EL BETANCOURT HISTORIADOR (*)

Manuel Caballero (**)

Cuando murió Rómulo Betancourt, algunos diarios la dieron en preguntar por una lista de los hombres más grandes de la historia venezolana. En respuesta, nombramos cinco : Simón Bolívar, José Antonio Páez, Guzmán, Juan Vicente Gómez y Rómulo Betancourt. A renglón seguido, consideramos ineludible aclarar algunas cosas. En primer lugar, que esa lista no era jerárquica ni mucho menos comparativa, sino sólo enumerativa. Dos, que no encerraba ningún juicio de valor : son los más grandes por ser quienes ocupan mayor espacio. Con esa tautología no queríamos decir que fuesen los mejores o los peores, sino aquellos cuya influencia había sido, para bien o para mal, más profunda; y también que ella fue mucho más allá de su muerte física.

Tres, que esos cinco eran en verdad seis, pues cuando hablamos de “Guzmán”, al igual de Díaz Sánchez, no advertimos solución de continuidad en las vidas de Antonio Leocadio y su Ilustre Americano de hijo.

Por último, cuando decimos que un personaje es “grande” en términos históricos, hablamos de aquellos cuya acción comporta en su ejecución pero sobre todo en sus consecuencias la implicación del colectivo; que rompen una tradición y a la vez inauguran otra; que su impacto, positivo o negativo, interese al conjunto de la sociedad y no sólo a una parte de ella; que no se contenten con ser un producto de la Historia, sino que sus hechos hagan posible torcer su rumbo; y que estos sean no sólo destructivos, sino capaces de crear una nueva realidad sobre las ruinas de lo destruido.

(*) Conferencia dictada en el Paraninfo del Palacio de las Academias en el centenario del nacimiento de Rómulo Betancourt.

(**) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra «F».

I. El Betancourt histórico

Rómulo Betancourt nace a la política y a la historia en 1928. Antes que el suyo, hubo diversos movimientos estudiantiles, entre ellos el muy importante de 1921. Pero éste va a inaugurar una nueva era con dos aportes fundamentales, que hoy permanecen vigentes:

El primero es la lucha contra el personalismo. Los jóvenes del 28 no se proponen acabar con Gómez (por mucho que lo sueñen) sino con el gomecismo. Y acaso para ser mejor comprendidos en su proposición anti-personalista, comenzaron predicando con el ejemplo. Así, para enfrentar a la egomanía de tiranos y anti-tiranos, evitarán la primera persona del singular y acogerán su plural: no “yo”, sino “nosotros”; no “un caudillo” triunfante o derrotado, sino “una generación”.

El segundo aporte es el aborrecimiento del militarismo, expresado con claridad en 1930 en un pacto que Rómulo Betancourt, junto con Raúl Leoni y Ricardo Montilla firman con Francisco de Paula Aristeguieta:

Los firmantes se comprometen expresa y categóricamente a no prestar su colaboración y a oponerse en todos los terrenos de la lucha política al establecimiento de un gobierno militar en Venezuela, para substituir al régimen gomecista (...) su ideología de raíces civiles y su conciencia de que el militarismo ha sido el peor de los males públicos de Venezuela, no se aviene con la persistencia de los hombres de campamento y de cuartel en el manejo de la cosa pública.

Los otros dos hitos del Betancourt histórico están asentados en aquellos principios señalados desde 1928, y se sitúan a diez años el uno del otro. Serán, en 1931 el Plan de Barranquilla; en 1941, la fundación de “Acción Democrática”.

Aunque conserve alguna alusión no muy clara a un movimiento armado a corto plazo, el Plan de Barranquilla señala la ruptura de Betancourt y su grupo de fieles con las ilusiones garibaldinas. Hay dos características novedosas en ese documento. La primera, pese a que algunos elementos de estilo revelen que su autor es Rómulo Betancourt, evita presentarse como propuesto por una individualidad; lo es por un colectivo, la Agrupación Revolucionaria de Izquierdas (ARDI) que con ese acto, se pretende fundar.

La segunda es la ausencia de “coroneles” o “generales” entre los firmantes. Casi como consecuencia de esta falencia, por primera vez en la historia de nuestro país, una generación de hombres políticos parece abandonar el inmediatismo y plantearse sus luchas en términos de años o de décadas.

Pero lo más relevante de ese documento es que, al romper los que él mismo llamaba en 1940 “arcaicos cartabones” del liberalismo gomecista y antigomecista, señala, en el terreno teórico, el inicio de la modernidad en la historia de nuestro país. Porque contiene el propósito de fundar la Venezuela moderna, la cual verá la luz a lo largo de los próximos setenta años, desarrollando y completando los principios esbozados en el *Plan*, pero sin abandonarlo en lo esencial.

Cuando en 1941 presente en sociedad a su organización, dirá de ella que se trata de un partido “nacido para hacer historia”. El resto del siglo XX lo confirmará, pero eso resulta una banalidad decirlo. La fundación de AD no será un acontecimiento histórico visto desde nuestra perspectiva presente, a casi tres cuartos de siglo de distancia, sino desde el momento mismo de su ser natural.

Porque nacía limpio del pecado original del militarismo y durante los cuatro años siguientes se empeñó en convencer a los venezolanos de que se trataba de un partido nuevo, pues ni “cogió el monte” ni pactó con el gobierno. También venía curado del otro vicio que había enterrado al liberalismo del siglo XIX : el personalismo.

Es así como, entre los firmantes del documento que fundaba el partido y proponía al gobierno su legalización, no figuraba el nombre de su creador, Rómulo Betancourt. Sea por un empeño “teórico” de sumergir la suya propia en una voluntad colectiva, sea por cuidar la precaria legalidad de su partido, pues su nombre podía todavía apear demasiado a comunismo radical y comeniños, el caso es que esa ausencia tuvo dos resultados contradictorios.

Por una parte, facilitó legalizar la organización. Por la otra, pese a que en su presidencia y vicepresidencia figuraban los dos escritores más populares de Venezuela, Rómulo Gallegos y Andrés Bello respectivamente, el público que asistió al mitin fundacional no se tragó ese caramelo : los aplausos más torrentosos fueron para Rómulo Betancourt, quien se supone, venía a hablar “sólo” de los problemas económicos del país.

Por cierto, abordar ese tema también podía considerarse un hecho histórico: era la primera vez en la historia de Venezuela que un líder político planteaba esa temática no ante un círculo de especialistas, sino en una concentración de masas.

El próximo hito en la vida del Betancourt histórico es su colaboración en la conjura triunfante el 18 de octubre de 1945, y su acceso a la presidencia de la Junta Revolucionaria de gobierno allí establecida.

Los términos que hemos empleado para caracterizar ese momento y esa situación podrían prestarse a confusión y sobre todo a polémica : en ese acontecimiento ¿fue el papel de Betancourt el de secundón, o el de protagonista?. En verdad, hay allí un momento, pero dos facetas y dos fases, dos procesos. Eso hace que aquella pregunta tenga dos respuestas, y aunque sólo tuviese una, el Betancourt histórico sería por igual una realidad ineludible. Para decirlo en la forma más simple posible, una cosa es el 18 de octubre y otra el trienio que le sigue hasta el 24 de noviembre de 1948.

Un estudioso norteamericano, Chalmers Johnson, al estudiar la diferencia entre “golpe” y “revolución” en nuestra historia, dice que lo primero designa un movimiento que se agota en el ámbito de una administración, mientras que se habla de “revolución” cuando ese movimiento envuelve la sociedad entera.

Si nos atenemos a eso, podemos decir que el 18 de octubre de 1945 no fue una revolución sino un pronunciamiento militar clásico y como tal, el papel de Betancourt fue relativamente secundario. Esta no es una consideración polémica nuestra, sino que la avalan dos testimonios insospechables.

Uno es el acta constitutiva de la Junta Revolucionaria de Gobierno, donde se habla del Ejército “que ejecutó” la revolución y del partido Acción Democrática “que cooperó” en ella.

El segundo es la opinión del propio Betancourt en su libro *Venezuela: política y petróleo* : el 18 de octubre, escribía en 1956, no fue producto de “una bravía insurgencia popular” sino un pronunciamiento militar clásico.

Pero reducido el papel de Betancourt en este caso a sus exactas dimensiones, no deja de ser por eso un acontecimiento histórico, por varias razones. Una, era la primera vez que se producía un golpe militar en Venezuela.

Cierto, nuestro siglo XIX estuvo repleto de “generales” y “coroneles” alzados, con éxito o sin él. Pero el Ejército profesional que conocemos hoy lo fundó en los hechos el general Juan Vicente Gómez el 5 de julio de 1910. Ese día, ejecutando un decreto de 1903, abrió las puertas de la Academia Militar. Así, quien llegó al poder el 18 de octubre de 1945 fue el ejército como institución, no un movimiento personalista, pues los mandos medios que la protagonizaron fueron comandados por el oficial de mayor jerarquía, no por su ascendiente personal, sino por su situación profesional.

En segundo lugar, era casi un dogma (basado en la proclama del Libertador en su lecho de agonía) tanto en la fuerza armada como en buena parte de la sociedad, el aborrecimiento de la política y en particular del partido político. Se solía oponer así el Ejército, símbolo y garantía de la unidad nacional y la paz, y el partido político que como su nombre mismo lo indica es símbolo de división y pluralidad.

El carácter histórico del golpe del 18 de octubre de 1945 le viene dado así también porque la “presentación en sociedad” del partido político la hace su poderoso padrino, el Ejército. A partir de entonces el partido político no es sólo aceptado legal, sino socialmente. El 18 de octubre aparecen pues dos nuevos actores en la escena política: el Ejército y el Partido.

Pero, como se ha dicho, el 19 de octubre comienza otra historia. Uno, es la primera vez que un gobierno impuesto por los hombres de armas sea presidido por un civil, y que ese civil gobierne de verdad y no como un simple títere de los militares. Dos, el tercer decreto del nuevo gobierno prohíbe a los miembros de la Junta ser candidatos en las elecciones que han de escoger al próximo Presidente de la República: la intención era romper con la tradición ventajista según la cual “gobierno no pierde elecciones”.

Pero a la vez, era un retrato hablado del único de sus miembros que podía aspirar en lo inmediato a la primera magistratura: Rómulo Betancourt. Se puede decir que si ese decreto no fue redacción o iniciativa suya, contó con su anuencia, y fue menos un *hara-kiri* (como lo llamó el propio Betancourt) que un golpe, el cual se creía o se quería mortal, al personalismo. Vana ilusión.

Con todo, lo que hará de Betancourt un personaje histórico de primera fila será la promulgación del Estatuto Electoral que no sin razón Germán

Carrera Damas considera el documento más importante de la historia de Venezuela después del Acta de Independencia.

Lo es porque incorpora a la Nación la aplastante mayoría de los venezolanos que no eran ciudadanos : las mujeres, los jóvenes en edad militar y los analfabetas. Esto último hacía sujetos políticos a quienes no estaban muy lejos de ser simples objetos: los mayoritarios campesinos.

Desde entonces, el Estado venezolano (creación también, con el ejército, del gomecismo) deja de ser, en la percepción de la mayoría, un conjunto de instituciones gubernativas para hacerse nacional. Pero además, la promulgación de ese Estatuto, y las elecciones que le siguieron, marcan el ingreso de Venezuela a la sociedad de masas característica del siglo XX.

Debe señalarse también como un hito histórico algo que llamó mucho la atención de la prensa internacional en su momento: al frente del Estado (en relación con su población) acaso más rico de Latinoamérica, Betancourt salió de la presidencia tan pobre como había entrado. Ni sus peores enemigos intentaron siquiera acusarlo de algo que pudiese hacerlo sospechoso de enriquecimiento ilícito.

Como se dijo más arriba, que un acontecimiento se revele histórico no implica que sea positivo o negativo : lo es si desencadena o revela un proceso que impacte a la sociedad entera.

Así, el 18 de octubre de 1945 es una jornada ambivalente. Porque también llevaba en sí el germen de la propia destrucción : la unidad cívico—militar se reveló el 24 de noviembre de 1948 como una alianza del tiburón y las sardinas.

Después de diez años de exilio a partir de 1948, vuelve Betancourt a ser protagonista de un hecho histórico : era la primera vez que alguien llegaba al poder por el voto popular sin ser percibido (le sucedió incluso Gallegos en 1947) como el candidato del gobierno. Para sorpresa de sus adversarios, los campesinos le pagaron con sus votos el haberlos convertido en ciudadanos, el haberlos *nacionalizado* dos lustros antes.

De igual manera, será el primer presidente electo por el voto popular que complete su período de gobierno. Y también el primero que se niegue a acep-

tar una tercera presidencia que le ofrecía su partido y para la cual, a juzgar por los resultados electorales del año 1973, habría sido reelecto abrumadoramente.

No haremos aquí un recuento de los hechos más relevantes de esta segunda presidencia de Betancourt, ni analizaremos su gestión gubernativa, ni emitiremos un juicio sobre su bondad o maldad.

Como dijimos desde el principio, la relevancia de una acción es el criterio para calificar de “grande” a un hombre público. No limitábamos eso a la duración de su presencia, sino también a su profundidad.

Por lo tanto, vamos a hablar sólo de dos aspectos cuyo tratamiento Betancourt se reservó siempre para sí: lo militar y lo petrolero.

En cuanto a lo primero, Betancourt insistía machaconamente (para emplear un expresión muy de su estilo) que le hablaba al país en su doble condición de Presidente Constitucional de la República y Comandante en Jefe de sus Fuerzas Armadas. Pero esa no fue en ningún momento una manifestación puramente retórica : por primera vez en la historia de Venezuela un Presidente se hacía obedecer de verdad por los hombres de armas.

Podemos traer aquí el testimonio de uno de sus más tenaces enemigos, Simón Sáez Mérida. En un libro de intención polémica denigratoria, ese autor piensa que en el terreno de las relaciones con las Fuerzas Armadas,

...alguien podría suponer que Betancourt, como Frondizi en Argentina o Janio Quadros en Brasil, era un prisionero del aparato militar y que a través suyo, y acaso a su pesar, obraban las inducciones e imposiciones militaristas. (...) Betancourt (...) era el verdadero gallo y no era prisionero de ellos. (...) Sabía jefear más que ellos y sabía perrearlos. (...) No era el preso, el prisionero, el acorralado por ellos, el jefe de papel. Puertas adentro, era el vértice de la cúpula militar. No era una farsa su jaquetonería de 'comandante en jefe'

La otra asignatura a aprobar por cualquier gobernante en el siglo XX venezolano era la política petrolera, sobre la cual Betancourt había estudiado, reflexionado y escrito desde su primera juventud.

Aquí su acción va a desbordar las fronteras nacionales y a convertir a Venezuela en un actor de primera magnitud en el escenario internacional. Se trata de la creación en 1960, de uno de los *cárteles* más influyentes en la economía mundial durante la segunda mitad del siglo XX: la Organización de Países Exportadores de Petróleo, la famosa OPEP.

II. El Betancourt historiador

Debemos comenzar esta parte de nuestra disertación haciendo referencia a un hecho que, aún si no hubiese escrito ni una línea sobre historia, serviría para hablar de Rómulo Betancourt como un riguroso practicante de las disciplinas históricas : su archivo. Puede decirse que con sólo recoger su correspondencia ya bastaría para haber constituido uno muy consistente.

Pero Betancourt es el dirigente político que más ha escrito en toda la historia de Venezuela, desde el libro, el panfleto, el artículo de prensa, la conferencia.

Al lado de eso, fue además un líder con un agudo sentido de la historia y de su puesto en ella. Pero no se contentó con que su acción lo situase allí, sino que quiso facilitarle el trabajo a Clío, organizando su archivo que es uno de los auxilios más valiosos que pueda encontrar un historiador del siglo veinte.

Entre sus quince y diecinueve años, Rómulo Betancourt tiene como proyecto vital ser escritor; y, como todos sus coetáneos con las mismas aspiraciones, dejar las pequeñas revistas especializadas para entrar en los diarios comerciales. Si en lo más profundo de su conciencia están dormidas su inquietud y ambición políticas, nunca lo expresa, como nadie lo hace en aquella Venezuela adormilada por veinte años de despotismo.

Cuando haga su entrada en lo que sólo por analogía se puede llamar «gran prensa», lo hará por un ventanuco y de mano de una prima hermana de la política, la historia.

Lo será por poco tiempo, y en pocas líneas: apenas ocho crónicas en la primera página de *La Esfera*, y una más pero ya fuera de la columna periódica-

ca. El tres de diciembre de 1927 comienza pues a aparecer sin firma esa columna suya, «La Historia al Día».

Habla allí de Boves como ...»la espada más cortante».. entre las que defendieron la Corona no sólo en Venezuela sino en toda América Latina. Considera a Tomás Lander ... “indudablemente, una de las figuras más prestigiosas del periodismo combatiente venezolano»...“un hombre que...»Si en su país sirvió con su pluma de periodista honrado, divulgando doctrinas políticas que él creyó fáciles de implantar en nuestro medio defendiendo muchas veces el decoro de las instituciones nacionales, se preocupó también por nuestra riqueza efectiva dándole impulso a la agricultura»...

En cambio, juzga de una manera diferente a Antonio Leocadio Guzmán, ...”uno de los hombres más inquietantes surgidos de nuestras luchas republicanas (...) un tipo —el más acabado del venezolano—audaz, chicharachero [*sic*] presto en el ataque, violento y mordaz en la réplica» .

En otra de sus crónicas, Bolívar concluye su discurso de Angostura ... “fulgurante de aquellas metáforas vivas donde se diafaniza el énfasis del XVIII, con (...) frases conminatorias»... Pero más tarde, ante la división de Colombia,» Se resigna a ello el Libertador; más entonces se satura su espíritu de aquella acedumbre y melancolía»...

Pero la historia está demasiado cerca de la política como para que no se sienta la tentación de cruzar la frontera. Como no puede hacerlo por acción, Betancourt parece estarlo haciendo por omisión. El 19 de diciembre dedica su crónica a la polémica desatada en 1829 en la Nueva Granada por la publicación del libro *Meditaciones colombianas* de Juan García del Río.

La crónica no puede ser más inocua, salvo por la fecha en que se publica: se trata del 19 de diciembre, y Betancourt ignora esa fecha histórica de la Rehabilitación gomecista...

En 1928, deja de momento la historiografía para ingresar en la historia fáctica. Lo hace como corresponde a un hecho histórico, cubierto bajo un manto colectivo : es la “generación del 28”, así llamada por sus propios integrantes y no por los historiadores posteriores. Pero, apenas salido al exilio, escribe al alimón con Miguel Otero Silva un texto que combina el panfle-

to político, el estilo literario (o “literatoso”) y la crónica histórica que si se quiere limitarla al ámbito de un reportaje periodístico, no se puede hacerlo sin recordar que como diría mucho más tarde Albert Camus, el periodista es el historiador del instante. Como sea, *En las huellas de la pezuña* se nota con bastante claridad la preocupación por situar su movimiento en un contexto histórico.

En su próximo texto, pese a ser el acta de fundación de un movimiento político, la Agrupación Revolucionaria de Izquierda, aquella preocupación se hace mucho más clara. El *Plan de Barranquilla* no es un simple programa político, sino también el primer ensayo venezolano de historiografía marxista. En breves líneas se sintetiza una concepción de la historia venezolana que los marxistas repetirán desde entonces casi sin modificación. Para los autores del *Plan*

El análisis penetrante de la situación venezolana, la confrontación con similares de otros pueblos de América Latina, la aplicación al estudio de su evolución histórica de los métodos de la ciencia social contemporánea, el esfuerzo decidido de ir más allá de las explicaciones superficiales de los fenómenos para buscarles sus causas últimas, nos llevan al convencimiento de que el despotismo ha sido en Venezuela, como en el resto del continente, expresión de una estructura social y económica de caracteres diferenciados y precisables sin dificultad. Estos factores son internos unos y externos otros. Los primeros pueden referirse al que los comprende y los explica a todos: la organización política económica semifeudal de nuestra sociedad. Los segundos, la penetración capitalista extranjera.

Es un documento colectivo, no sólo firmado, sino también redactado a varias manos. Pero a pesar de serlo, está marcada en el papel la huella muy acusada de la más fuerte personalidad del grupo: Rómulo Betancourt.

Esta huella es detectable con relativa facilidad a través de ciertos elementos de estilo: fórmulas alambicadas y percutantes como apelar a “un nuevo y menos gaseoso concepto de la libertad que el profesado por los jacobinos en todos los tiempos de la república”; hablar de “los fideicomisarios en la república de las clases dominantes”; acuñar un término lindante con el trabalenguas como “desanalfabetización”; decir que “caudillismo y latifundismo son y han sido, en lo interior, los dos términos de nuestra ecuación política y social”.

Todo eso y, por supuesto, la jaquetonería de llamar “penetrante” a su propio análisis, son algunas de esas huellas deladoras esparcidas aquí y allá en el documento y que señalan la presencia, en el acto de la redacción, de Rómulo Betancourt.

Pero no es sólo allí donde se imprime su garra: es también en su carácter de ensayo histórico. Ciertamente, es muy normal que el primer ensayo de historiografía marxista, el primer intento de aplicación de las categorías de materialismo histórico a la realidad venezolana, tenga esa condición de síntesis de nuestra historia. Pero se nota que hay detrás del texto alguien que ha andado por archivos y compulsado colecciones, pues no hay allí meras generalidades, sino que se busca citar con cierta precisión el dato, y si no el documento, por lo menos el hecho que refrende el planteamiento.

El manifiesto consta de dos partes: la primera es el análisis histórico; la segunda el programa de gobierno. Allí se emplea un lenguaje donde se huele a leguas el marxismo, si bien no hay abierta mención de la sucesión apostólica Marx-Engels-Lenin que, con el aditivo de Stalin, ya comenzaban a popularizar los comunistas.

Durante el lustro de su estancia en Costa Rica, en los momentos que le dejaba libre su labor política y periodística, y el abreviar en las fuentes teóricas del marxismo y del leninismo, Betancourt se impuso un trabajo de galeote: leerse los catorce tomos de la aburridísima *Historia Contemporánea de Venezuela* de Francisco González Guinán.

Muchos años después, cuando ya había salido de su segunda presidencia, en conversaciones privadas proponía, como condición *sine qua non* para llegar a la Presidencia de la República, haberse leído el interminable libro de González Guinán.

Lo próximo es un trabajo individual (“me doblé” para escribirlo, dirá Betancourt a sus “hermanitos” de Barranquilla) y allí ya se percibe que es definitivo su retiro de los ruedos literarios (“me corté la coleta”, dirá años después).

Estamos hablando del panfleto *Con quién estamos y contra quién estamos*, el cual, concebido como una respuesta a algunas tomas de posición “anti-

andinas” del periódico de los exiliados en New York, *Venezuela Futura*, se convertirá en su primer ensayo teórico y prácticamente el único en el cual ya se asoma, leve, lo que expresará abiertamente en 1940, a bordo del vapor *Orazio* que lo lleva a un año de exilio chileno : Betancourt comienza a tomar distancias contra el “arcaico” liberalismo y la ortodoxia estaliniana.

Se trata a la vez de un texto de polémica política y de reflexión histórica. Al redactar este escrito, dice Betancourt... “comenzamos a cumplir el propósito que nos hemos hecho de enjuiciar ante las masas de Venezuela a todos los regímenes que hemos soportado desde 1830, por considerar que entre el actual y aquéllos sólo hay diferencia de matices, de grado y no de esencia”.

Y acto seguido se empeña en destruir dos interesados mitos de la historiografía : la honradez de José Tadeo Monagas y Juan Crisóstomo Falcón.

Muerto Gómez, Betancourt regresa a Venezuela. Pero el año 1936 va a estar demasiado preñado de Historia (la *Gestshichte* de los historiadores alemanes), para dedicarle mucho tiempo a la historiografía (*Historiesche*). Sin embargo, como lo ha decidido el partido de las izquierdas unificadas (PDN), emprende la tarea de escribir un ensayo sobre las relaciones entre la explotación del petróleo y la política, que junto con uno sobre el latifundio, que escribirá Miguel Acosta Saignes y otro sobre la historia de Venezuela, de Carlos Irazábal, servirían de asiento teórico al partido.

El trabajo de Betancourt, escrito en plena clandestinidad, nunca verá la luz y apenas algunos de los datos allí contenidos aparecieron en el folleto *Una república en venta* publicado en 1937.

El manuscrito original desapareció acaso para siempre cuando su casa fue saqueada a raíz del derrocamiento de Gallegos en 1948.

Habrá que esperar a esta última fecha para que cercado y exiliado en un pequeño país centroamericano, sin muchas posibilidades de comunicarse con la dirección de su partido desarticulada y diezmada por la represión, Betancourt retome la redacción final de su *opus magnum*, que el Fondo de Cultura Económica publicará en México en 1956: *Venezuela : política y petróleo*.

Este texto terminará siendo, sobre todo, un libro de historia: Betancourt ha regresado, en Costa Rica también, a sus querencias de juventud. Pero,

pese a su título, no es —o no es sólo— un texto de historia económica. Sus capítulos iniciales hacen un recorrido por los regímenes de Castro y Gómez, López y Medina, poniendo es cierto el acento en la relación de todos ellos con el petróleo, pero sin descuidar sus desarrollos políticos.

En particular, presenta allí su versión de la conjura del 18 de octubre, y una cierta autocrítica al reconocer, como se dijo más arriba, que no se trató de “una bravía insurgencia popular” sino de un golpe militar clásico.

A partir de ese momento, el libro se vuelve una defensa de su acción de gobierno, lo más detallada posible. Y también un relato de la batalla perdida por conservar el poder. Los capítulos finales se refieren a la acción del gobierno militar que sustituyó a Gallegos.

Como es lógico pensarlo, es un texto polémico, por el carácter del personaje que escribe, y de los hechos mismos que dividieron tanto la sociedad venezolana. Pero no es un panfleto, una simple colección de adjetivos. Cada una de sus afirmaciones busca ser asentada sobre el dato preciso, la fuente confiable. El resultado excederá en mucho el propósito inicial.

En verdad, *Venezuela: política y petróleo* se convertirá en un “mamotreto” (la expresión es del propio Betancourt) indispensable para el estudio de la historia venezolana del siglo XX. Es también una defensa de su labor de gobierno en el trienio 45-48, y una crítica muy documentada a la política petrolera de la dictadura.

Pese a su proclamada intención de hacer un libro accesible a la mayoría no especializada de lectores, el texto abunda en cifras y cuadros estadísticos, y es poco probable que haya alcanzado jamás a ese público deseado, por su volumen, por su precio y por ser difícil (y durante los años 56-58 prohibida) su circulación en Venezuela. Pero con todo, se ha transformado en una fuente valiosísima para los historiadores de lo contemporáneo.

Se decía más arriba que éste era un libro de historia, y el propio autor lo considera tal. Si también lo es a los ojos de los historiadores profesionales, es una pregunta que trataremos de responder en la últimas líneas de esta disertación.

Para comenzar, el propio Betancourt considera... “un deber prevenir al lector de que no leerá páginas escritas con tersa serenidad. Están algo distantes del elevado tono profesoral(...) Llevo a Venezuela en la sangre y en los huesos. Me duelen sus dolores colectivos y cuando se trata de hablar de ellos sería un farsante si jugara a la comedia de la imparcialidad”.

Para el lector no especializado, esa es “sólo” una muestra de honestidad intelectual, y así acaso lo vio el propio Betancourt. Pero resulta que la fulana “imparcialidad” tampoco es muy creída por los historiadores modernos, quienes no la confunden con la necesaria objetividad que todo trabajo científico exige.

¿En qué condiciones escribió Betancourt ese libro; cuáles fueron sus fuentes principales; cómo utilizó sus datos? Alguien comparó alguna vez al historiador con el caracol que viaja siempre con su casa a cuestas.

Como él mismo lo dice, su archivo fue también una “casa” trashumante :

Venezuela política y petróleo se ha escrito con las dificultades inherentes a la condición del exilado, y del exilado trashumante, por añadidura. Papeles, libros de consulta, apuntes, han viajado conmigo de los Estados Unidos a Cuba, de Cuba a Costa Rica, de Costa Rica a Puerto Rico. He debido esperar largos meses para reemprender la labor, mientras las cajas que contenían ese material hacían su demorado tránsito marino. Me faltaron documentos que sólo en Venezuela hubiera podido consultar.

Pese a lo que asienta al final de ese párrafo, Betancourt no dejó de recurrir al auxilio que algunos militantes de su partido pudieran prestarle en el interior mismo del país. Aquí puedo dar un testimonio personal: en 1951, pude ver a algunos de sus jóvenes compañeros, entre los cuales recuerdo a “Quico” Sucre Figarella, ir a la Biblioteca Nacional y a la del Banco Central. Iban a buscar el dato en alguna fuente que su líder-exilado les había señalado con bastante precisión. Betancourt no se confió pues en su sola memoria para la redacción de su texto. Trata, en la medida de lo posible, de refrendar cada afirmación suya con el dato preciso y confiable. Los 23 capítulos que componen el libro, se completan con 461 notas de pie de página para señalar, completar y comentar la fuente en la cual se basa su afirmación.

En la primera edición, la del FCE, esas notas, en un letra pequeñita. ocupan 97 páginas en un volumen de 887 páginas.

Para rematar, se puede afirmar que desde la escogencia del tema pasando por la formación y utilización de un archivo, para terminar con la redacción, el libro resiste la inquisición del más escrupuloso jurado de una disertación doctoral. No es una simple acumulación cronológica de hechos puntuales, sino una interpretación coherente de una gran solvencia intelectual. En otras palabras, es un libro de historia; y como tal lo han recibido y utilizado varias generaciones de historiantes, en el pupitre, en la cátedra y en el libro.

Esa es la razón de nuestra presencia aquí hoy, en el Paraninfo de nuestra Academia: no estamos conmemorando sólo el centenario de una figura histórica, sino también el de un colega historiador.